

# CALLE DE LA TRINIDAD

---

---

---



El «Tío Medior» con su mujer y algunos de sus hijos

**CALLE** que crucé cargado con el cartapacio, varios años seguidos.

De ella tengo un recuerdo más bien triste, como de pasadizo o galería de convento. Flanqueada de puntos concurridos y aun vitales, no pudo evitar el matiz ceremonioso, casi levítico, tan desbordante que se desparramaba por la calle Moreno y por la calle Arjona.

Con un templo a cada extremo y la fortaleza de Doña Flor en el centro, poco podían hacer para animarla las escuelas del «Cardaor» y del «Cojito»; las carpinterías de Magdaleno y de Olivares, la calera de Casimiro, la zapatería de «Polonio», la carretería de Cosme, la jabonería de Pozo, la fragua de Tomás, el horno de las Cenjoras, ni la imprenta de Puebla.

Seguro que en su origen fué callejón de servidumbre, trazado por la necesidad de cortar terreno para ir y volver a la plaza desde aquí arriba y el servicio aquel, de callejuela, acentuado por el emplazamiento en su recinto de las Iglesias, le imprimieron un aire triste, de duelo y comidilla, únicos en el pueblo. Aunque no lo hubiera, se tenía la certeza de que detrás de cada ventana había siempre un ojo, por lo menos, que esperaba el paso de comitivas de gente compuesta y cuchicheante.

Calle solemne, protocolaria, familiarizada con las penas que iban de paso, como Escalona; calle presidida por la barba blanca, patriarcal, del «Tío Medior», puesto en la acera de enfrente, al pie de aquella casa grande, cuidada y vacía, siempre deshabitada.

¿No se engendrarían en el ambiente de aquella calle, tan transitada por mujeres, los espíritus escépticos de Ulpiano, de la Braulia, de la Lorenza de Moraño?

Todas las guijas de esta calle, que tanto mortifican los pies de las damas y mucho más aquellos de juanetes doloridos y piernas estevadas que sostienen vientres colgantes, han soportado miles de veces posetes murmuradores. El de la que apretando el rosario en el puño toca con el codo a su acompañante y abre los ojos y la boca para mostrarle lo que lleva encima otra que cruza y que jde dónde lo sacaríal. El de la que va diciendo pestes de todo el mundo, como una taravilla. El de las corcovadas, que piden al Señor algo contra sus enemigos. El de la mujer gorda, fatigosa, que se para a respirar y entre soplado y soplido revisa la vida y milagros de cada familia.

Todos los enredos y murmuraciones de la ciudad han sido repasados sobre aquellas piedras, azuzados por el rencorcillo y la intransigencia aldeanas, manifiestos en las caras zahareñas de los que juntamente desavenidos iban o volvían sin querer saber nada de la ineludible y primordial necesidad de ponerse a bien con su hermano, antes de llegar al altar.